

THOMAS LUCKMANN

«LA RELIGION INVISIBLE»

Salamanca, Sígueme, 1973

Que la mayoría de los estudios sobre «lo religioso» suelen aparecer con un exasperante raquitismo sociológico es pensamiento común entre muchos. Las realizaciones en este campo, repetidamente reducidas al análisis institucional-eclesiástico e incluso parroquial, han provocado un profundo vacío teórico indigno de las laboriosas páginas de un Durkheim o un Weber. Ciertamente se impone un paso de la «sociología religiosa» a una sociología de la religión. Es precisamente ante un ingente número de datos sin estructura teórica que los informe, ante la necesidad de traspasar la frontera del análisis institucional, ante la necesidad de sentar las bases teóricas para un análisis del proceso secular, y ante la necesidad de reivindicar el lugar de la sociología de la religión dentro de la misma teoría sociológica que T. Luckmann inicia sus estudios que se han solidificado en esta pequeña obra.

¿De qué manera una persona puede mantener su autonomía hoy por hoy? El impacto de la sociedad moderna sobre el curso de la vida del individuo es la cuestión genérica que enmarca la ambición del autor. Cuesta poco ver y confesar que «los procesos de socialización han llegado a ser en la sociedad moderna menos coherentes de lo que eran en las sociedades tradicionales... el problema de la existencia individual en la sociedad

ha alcanzado un punto crítico en el mundo contemporáneo» (p. 25). Se trata básicamente del problema del hombre concreto —el individuo— huido en el aturdimiento; se trata básicamente del resultado de la huida de un mundo falsamente coherente como cuestionador de la existencia individual.

Esta cuestión más bien de carácter antropológico-social, según Luckmann, puede dilucidarse —al menos en gran parte— desde una perspectiva peculiar: la sociología de la religión. La justificación de tal perspectiva ocupa precisamente el nervio teórico central de la obra que, dicho sea de paso, resultaría incomprensible de aislarla de un doble epicentro: de una parte un personalísimo y no menos criticable concepto de religión, y de otra el bagaje teórico vertido en «La construcción social de la realidad», obra escrita juntamente con P. Berger. Tanto éste como Luckmann emprenden una tarea en extremo interesante: buscar un encuadre para sus análisis de la religión dentro de un marco mucho más amplio y general: la sociología del conocimiento.

Las formas de religión que nos son familiares, para el autor, no son sino expresiones históricas específicas de universos simbólicos. Estos son sistemas de significado socialmente objetivizados y que se refieren por un lado a lo cotidiano, y por otro indican un mundo que se experimenta como trascendiendo esta vida; «son sistema objetivizados que relacionan la experiencia de la vida de cada día a un nivel de realidad trascendente» (p. 54). Así pues, mediante estos sistemas de significado el organismo humano trasciende su naturaleza biológica. Esta capacidad del organismo humano de trascender su naturaleza biológica a través de la construcción de los universos simbólicos es lo que Luckmann define como «religión». Para éste es plenamente armónico conjugar esta capacidad de trascendencia con el concepto elemental de religión. De esta manera el autor pasa a considerar la «religión» de un fenómeno social al «fenómeno antropológico por excelencia»: todo aquello por lo cual el hombre es tal, es religioso; la no-religión es el biologismo. La religión lo es todo y todo es religión: he ahí el pan-religionismo luckmaniano.

Esta forma social de religión, forma elemental, es no-específica, es decir, situada en un nivel de generalidad que, de encarnarse en forma histórica, se configura —mediante representaciones, en una forma social específica no institucionalizada de religión. La complejidad progresiva de la sociedad, a partir de ahí, implicará un proceso de institucionalización del cosmos sagrado para la obtención de un «modelo oficial» de religión.

Remitiéndonos, no obstante, al punto de partida, es decir, a la específica relación hombre-sociedad en el mundo actual, Luckmann se detiene en la

observación en la actual destrucción de los modelos oficiales y en la «aparente» huida de la religión en nuestra sociedad. Aquello que el dogma quería asegurar, la actividad secular lo ha destruido. Ante el decrecimiento de la religión tradicional debido a la pérdida de la relevancia de los valores que favorecían la integración y legitimación de la vida de cada día, ¿cuál es la perspectiva que se nos ofrece con motivo de la caída de la institucionalización, del modelo oficial? Luckmann abre la puerta para una aventurada hipótesis: aquello que en las sociologías de la religión se describe como el fin de la religión puede ser indicio de un cambio mucho más revolucionario: la sustitución de la especialización institucional de la religión por una nueva forma social de religión no-institucionalizada: la «religión invisible».

¿Qué es la religión invisible? Mediante el proceso de socialización el hombre internaliza una visión histórica del mundo; aquello que era objetivo se transforma en realidad subjetiva en un proceso que podemos llamar de «individualización de la racionalidad y de la conciencia» y que es un reflejo y expresión de una significación objetiva de una cosmovisión histórica (de esta forma la religiosidad individual está determinada por el modelo oficial de religión). Pero si bien se podría afirmar una coherencia entre el cosmos sagrado y el sistema internalizado en las sociedades simples, no puede concluirse lo mismo de las sociedades donde se ha verificado una especialización institucional de la religión: aquello que para una generación era un modelo oficial, para otra bien puede dejar de serlo. Cuando esto ocurre, y este es nuestro caso, la religión tiende a convertirse en «asunto privado»: tiene lugar un proceso que transforma la religión progresivamente en una realidad subjetiva y privada; la religión se privatiza. En resumen, cuando el proceso de socialización ya no puede incluir el modelo oficial de religión, la sociedad está en vías de marginalizar la especialización institucional de la religión. Se llega, así, a una nueva forma social de religión, «el cosmos sagrado moderno legitima el retiro del individuo a la esfera privada y santificada su autonomía subjetiva» (p. 128). Este es el hombre de la religión invisible.

Si bien la hipótesis de Luckmann es atractiva, cabe reconocer también que de la intuición al error desgraciadamente muchas veces va poco trecho. Si intuitivo es su acercamiento a un análisis teórico y positiva es su perspectiva (desde el campo de la sociología del conocimiento), también es fácilmente tentadora su conclusión.

Evidentemente, aparte de numerosas lagunas que no es momento ahora de explicitar y que incitan a formular ciertas reservas, existe una columna vertebral que mantiene el libro en pie: su particular y panteístico concepto

«La religión invisible»

de religión. Si éste es refutado —uno cree que así debe ser— parte de aquél se desmoronará. Mal que sea así, en ningún caso habría que someter el presente libro al eterno polvo de estantería: han quedado, con Luckmann, expuestas sobre el tapete, a punto para su discusión, la formulación y el planteo desde un ángulo peculiar de una serie de cuestiones fundamentales para un análisis sociológico de la religión.

QUIM CASAL I BATALLER